

bre. Según un periódico japonés —que son, ahora, los mejor informados de las cuestiones económicas—, los ministros de las diez grandes potencias económicas de Occidente —y Japón es ahora también Occidente— van a reunirse el 7 y el 8 de septiembre para tratar de hacer frente a la situación. Es decir, y sobre todo, para evitar que Europa recoja como va a recoger la inflación americana. No olvidemos que gran parte del destrozo económico europeo actual se debe a dos aventuras imperiales americanas: Vietnam, primero, y la guerra de Israel con los países árabes, después. Que no son aventuras producidas por el azar, la locura o el fanatismo, sino episodios imperiales que corresponden exactamente a la necesidad de Estados Unidos de apoyarse sobre un Imperio para mantener un nivel de vida que, como está dicho y comprobado, se halla por encima de sus medios nacionales, y comienza a estarlo por encima de sus medios internacionales. Porque el Imperio, a partir de un momento dado, se encierra en un círculo vicioso: para explotar tiene que invertir. Hay un momento en que la inversión es menor a la explotación, pero hay otro en el que comienzan a igualarse, hasta que por fin se desequilibran. Esto ha ocurrido con grandes y pequeños Imperios: España se empobreció cuando la explotación de América fue más cara que su beneficio, esto le sucedió después a Gran Bretaña, y el último —el más reciente— ejemplo ha sido el de Portugal en África. La idea de que los Estados Unidos consigan salir de este círculo vicioso por una mejor administración del Imperio y por la posibilidad de los intermediarios imperiales —los grandes aliados, que tienen otra categoría dentro del Imperio— que recogen algunos beneficios por su gestión, pero que pueden también absorber parte de los gastos, es una idea fascinante desde el punto de vista de la Historia, de la economía y de la política. Pero no parece, por ahora, que vaya a terminar bien. El encogimiento actual del dólar es uno de estos episodios, cuyo desenlace será realmente decisivo para la próxima etapa. ■ J. A.

## EL TRAGALA DEL DOLAR

RAMIRO CRISTOBAL

**E**s casi obligado, según la más tradicional costumbre, emitir opiniones sobre los motivos de la debilidad del dólar, cuando llegan momentos, como el de ahora, de persistente baja de valor de la aún divisa mundial. El problema de la mayor parte de estas opiniones estriba en su pragmatismo. Es decir, se toma como sería crisis del momento lo que, en este caso, no son más que avatares de un proceso iniciado años atrás y sólo momentáneamente detenido.

Digamos, de entrada, que tanto las relaciones internacionales —comerciales, financieras y hasta políticas— como la estructura interna de la economía americana tienen una tendencia básica: provocar la persistente devaluación de la moneda y entrar continuamente en peligrosos procesos inflacionistas. Esta tendencia puede ser acelerada por causas coyunturales o detenida por la acción de las autoridades económicas, pero forma parte del propio sistema y es, hoy por hoy, casi imposible de erradicar.

Probablemente el punto de partida para este análisis debe ser, como fecha significativa, la de agosto de 1970, cuando las autoridades americanas decidieron suspender la convertibilidad del dólar en oro, ante las enormes cantidades de dólares acumulados en el Japón y los países europeos. Se trataba, por supuesto, de una violación unilateral de los acuerdos tomados en Bretton Woods en 1944, pero lo cierto es que no hubo ningún tipo de respuesta ni represalia. Esto, lógicamente, hubiera debido significar la muerte del dólar como divisa, ya que la confianza en que estaba basado su poder había caído. Sin embargo, no fue así; se necesitaba una divisa y nadie se atrevió a tomar el relevo ni a volver al patrón oro, porque una y otra cosa entrañaban notables dificultades.

De este modo, el dólar siguió siendo divisa sin su atributo principal: la confianza en su convertibilidad. El asunto quedaría zanjado momentáneamente con la reunión del "Club de los Diez" en diciembre de 1971, en la que se aumentó el precio del oro (de 35 a 38 dólares la onza) y se devaluó virtualmente el dólar, revaluándose así diversas monedas europeas.

Empero, el déficit comercial de los Estados Unidos en 1971 y 1972 continuó, las cuantiosas inversiones en el exterior de las multinacionales se multiplicaron y a esto vino a unirse poco más tarde un elemento casi inédito en las relaciones comerciales: prácticamente por vez primera unos países productores de materias primas elevaron por propia decisión el precio de sus productos. La sangría creciente del pago en energía vendría a unirse al resto de las circunstancias citadas.

Ante la situación, el equipo económico del Presidente Nixon decidió orientarse hacia el proteccionismo, aumentando las tasas arancelarias en muchos productos y rebajando el cupo de importación proveniente de las multinacionales europeas. En el año 1975 casi se lograba estabilizar la balanza comercial americana y mantener el valor del dólar. Gerald Ford había seguido con éxito el camino de su antecesor, desaparecido tras el Watergate.

Así pues, parece insuficiente el análisis que hace del problema, por ejemplo, "Le Monde", que achaca a los aumentos salariales y al pago

energético (30.500 millones de dólares por año) la causa fundamental de la inflación y la debilidad de la moneda americana. O el que hace parte de la prensa inglesa o italiana, que también tiende a analizar muy reaccionariamente el asunto, considerando que son los países productores de petróleo los culpables de todo.

Curiosamente, nadie se plantea el único punto auténticamente nuevo y que yo creo es el centro del conflicto en su versión actual. A saber, el creciente poder e influencia de las multinacionales en la vida política de los Estados Unidos a través de la Trilateral.

Esta agrupación de grandes multinacionales, americanas, europeas y japonesas, se fundó, precisamente, para oponerse a la política proteccionista de la Administración Nixon. Resulta altamente significativo que el diario "Washington Post", que descubrió el caso que causaría la caída de Nixon, fuera una de las empresas periódicas controladas por la Trilateral. Y no lo es menos que el ejecutor material de la misma, por cuenta de David Rockefeller y del Chase Manhattan, fuera el mismísimo Brzezinski. No es ya un secreto que Jimmy Carter era el candidato elegido por Rockefeller y que casi todo su equipo está formado por hombres de la Trilateral: Cyrus Vance, Blumenthal, Walter Mondale y el ya mencionado Brzezinski están vinculados a las multinacionales.

En este sentido, la acción presidencial de Carter ha estado encaminada, casi sin excepción, a una política de liberalismo económico total y en particular en los sectores que atañen a las multinacionales de la Trilateral. Así, la liberalización de las tarifas aéreas y los ataques a la IATA no son ajenos al hecho de que la Pam-Am pertenezca a la Trilateral.

Son estas enormes inversiones exteriores lo que ha causado la mayor sangría, sin duda, a la balanza de pagos norteamericana, aunque, como ya queda dicho, no sea este el único motivo que ha llevado a la situación actual. El problema que se plantea en estos momentos es el de hasta qué punto tiene posibilidades la Administración USA, tan ligada al capital multinacional, para cambiar la política comercial del país.

No es difícil prever un endurecimiento en la competencia entre las multinacionales excluidas del gran cartel trilateral y también entre las políticas comerciales de los países perjudicados en primer término —Alemania Federal y Japón— y los Estados Unidos. La pugna entre las empresas de ordenadores americanas (IBM está en la Trilateral) y la europea Honeywell Bull, para proporcionar el ordenador a la URSS está en el principio de este tira y floja.

Sin embargo, una vez más, habrá que constatar la incapacidad de los países capitalistas para proponer una opción válida ante las interesadas manipulaciones del dólar. De nuevo los manejos sobre el sistema monetario, apenas modificado tras la última guerra mundial, tendrán que ser aceptados por los países europeos como un amargo trágala sin contrapartida. Sólo la alarma de los ciudadanos americanos, abocados a una inflación galopante por la política de las multinacionales, podrá obligar a Carter a una pausa, siquiera temporal, de la política expansiva.

Para volver a empezar muy pronto, claro ■